

Finaliza tan selecto recuento con una serie de variedades, donde hay, entre otras cosas, un homenaje, tras bambalinas, a los masajistas; otro —del filósofo Fidel Cano, columnista obviamente, de *El Espectador*— a los sufridos hinchas del Santa Fe, los mejores y menos retribuidos que existan; un lírico paseo por las playas de Pescadito, la gran cuna de los más humildes y mejores futbolistas de Colombia, del economista César Arizmendi; un breve recuento de la actuación colombiana en Italia 90 y las estadísticas completas de toda la historia del campeonato profesional colombiano. ¡Qué lástima la poca difusión de este libro! Ahí va, como casi siempre pasa, para codiciada futura pieza de colección...

LUIS H. ARISTIZÁBAL

## "Clásicos" para todos y para pocos

Sor Francisca Josefa del Castillo

*Elisa Mújica*

Colección Clásicos Colombianos, núm. 18, Procultura, Bogotá, 1991, 126 págs.

Tomás Rueda Vargas

*Alfonso López Michelsen*

Colección Clásicos Colombianos, núm. 19, Procultura, Bogotá, 1991, 100 págs.

José María Vargas Vila

*Consuelo Triviño Anzola*

Colección Clásicos Colombianos, núm. 20, Procultura, Bogotá, 1991, 107 págs.

Gabriel García Márquez

*Martha Canfield*

Colección Clásicos Colombianos, núm. 21, Procultura, Bogotá, 1991, 129 págs.

Uno no puede dejar de preguntarse, ante una colección de "Clásicos Colombianos", a quiénes está dirigida y quiénes son los "clásicos". Esa doble pregunta entraña otros interrogantes: ¿estamos ante una colección de crítica literaria? ¿Ante una obra de divulgación? ¿Ante unos textos ensayísticos que incluyen una antología del "clásico"? ¿La antología es autónoma o sirve de apoyo al texto ensayístico?

¿Qué se proponen quienes figuran como autores?



Planteadas la reflexión, volvamos al doble cuestionamiento inicial y empecemos por lo concerniente a los destinatarios de la colección. En un párrafo que hallamos en la contraportada de cada número (es decir que es un párrafo que se ha repetido 25 veces, dato que sirve de indicativo de la claridad que Procultura tiene al respecto) podemos leer: "Esta iniciativa está dirigida principalmente a estudiosos y a estudiantes por su contenido claro, conciso y ameno, con una decidida vocación didáctica". La diferencia que existe entre estudioso y estudiante parece ser de grado: los primeros se dedican, se han consagrado, al estudio de uno o varios de estos "clásicos" y sus obras, son investigadores, profesores de literatura (eventualmente de filosofía, sociología u otras "ciencias humanas" afines), intelectuales y otros sinónimos; los segundos estudian ocasionalmente a los "clásicos", ocasión que seguramente les viene por sugerencia o mandato de los primeros: son alumnos de secundaria (los estudiantes universitarios —se entiende: de literatura, filosofía, etc.— sólo por interés ajeno al estudio que les es propio leerían unos autores que deben —si forman parte del currículo— leer en las fuentes). Resumiendo: para Procultura hay dos destinatarios: los intelectuales y los alumnos de secundaria. Dos niveles tan distintos de recepción ameritan una glosa: los volúmenes de la colección Clásicos Colombianos ofrecen, en su intención editorial, un doble interés: el bibliográfico, que

debemos entender como "aparato crítico" dentro de un —obvio— mayor conocimiento del respectivo "clásico", y el divulgativo, dentro del cual el alumno de secundaria, por supuesto, no lee a Elisa Mújica sino a la madre Castillo y los datos que de ésta necesita para dar bien la lección; en este sentido, Elisa Mújica es una guía para la lectura de la madre Castillo, no la autora de un texto sobre ella.

En el párrafo mencionado de contraportada encontramos también el presupuesto de la claridad, concisión y amenidad de los textos, es decir, los elementos necesarios para una fácil lectura, lo cual se aviene con la "decidida vocación didáctica". Pasando por alto el hecho de la variedad de tonos y discursos que los diversos volúmenes de la colección han presentado, y reconociendo el valor universal de la claridad, la concisión y la amenidad en la lectura, hay que recordar que los estudiosos, el primer grupo de destinatarios de la colección, no leen un texto didáctico; leen otras cosas, o simplemente, en el peor de los casos, coleccionan datos adicionales sobre su objeto de estudio.

Así las cosas, pareciera, tan sólo prejuzgando una intención editorial, que la colección está pensada básicamente para los alumnos de secundaria. Está pensada. Qué números de la colección cumplen ese propósito no ha sido, aparentemente, responsabilidad de los distintos autores. La ambigüedad prevalece desde el origen de la colección. Ahora bien: es obvio, leídos los textos que la conforman, que no todos son "recomendables" para alumnos de secundaria, y la censura tiene que ver con su nivel de didactismo, con el secreto —¡el enigma!— de la virtud pedagógica. La ambigüedad, por otra parte, comienza a resultar sospechosa si pensamos en el precario tiraje que tienen estos libros que han sido "pensados" para un público lector tan vasto.

Por fin: ¿quién podrá o querrá leer estos libros? Por ahora, se confirma que existe un tipo de lector-reseñista, que sólo bondadosamente podemos asimilar a la categoría de los estudiosos. Dado que hemos estado indagando el carácter de la colección como tal, como conjunto, sin hallarle uno,

## LITERATURA

consideramos la alternativa del interés particular de cada volumen, que acaso hable más de la identidad del todo. Esa alternativa está representada por otra opción doble: el interés por el "clásico" o por el autor del volumen (no sería raro el evento de que coincidieran los dos). No podemos detenernos aquí más que en la peculiaridad de los cuatro autores de los títulos que recensamos; en cambio, es importante una nota general y breve sobre los "clásicos", porque ese concepto complementa la idea sobre una política editorial.



La nota sobre los "clásicos" es breve porque es breve la idea que de esa noción se da, también en el texto de contraportada: "nuestros mejores escritores" es la expresión que se utiliza allí por toda explicación. Se los vuelve a mencionar como "nuestros clásicos", y más adelante y por último como "nuestros clásicos", nuevamente. Al parecer, la palabra "clásicos" no admite duda y puede ser reemplazada sin remordimiento por "nuestros mejores escritores". Quiénes son nuestros mejores escritores puede ser una cuestión muy subjetiva, pero también puede, sobre todo por razones editoriales, estar dado objetivamente por las estadísticas, una especie de *rating* de popularidad que también tiene de relativo la opinión de las diferentes épocas de nuestra historia. Lanzar una colección de "Clásicos Colombianos" supone acogerse a esta segunda y deleznable opinión, que tiene diferentes indicadores. El concepto no tiene nada

que ver con una realidad literaria y menos aún se hace eco de una interpretación histórica; esto hace que el contexto que se le da a la parte didáctica de la colección sea una desinformación o un engaño. ¿Habrá algún clásico entre estos nombres, que constituyen los 25 títulos de la colección Clásicos Colombianos?: Jorge Isaacs, José Eustasio Rivera, José Asunción Silva, Rafael Maya, Guillermo Valencia, Manuel Mejía Vallejo, Gonzalo Arango, Porfirio Barba-Jacob, Fernando Charry Lara, Alvaro Mutis, Eduardo Castillo, Carlos Arturo Torres, Luis Carlos López, Tomás Vargas Osorio, Tomás Carrasquilla, Aurelio Arturo, Eduardo Carranza, Francisca Josefa del Castillo, Tomás Rueda Vargas, José María Vargas Vila, Gabriel García Márquez, Baldomero Sanín Cano, Luis Vidales, Juan Rodríguez Freyle y Jorge Gaitán Durán.

El volumen dedicado a sor Francisca Josefa del Castillo, escrito por Elisa Mújica, es un bello texto de presentación para una antología reveladora de un escritor (sigo a José María Vergara y Vergara en el género de la palabra) de intensidad y lucidez incomparables. El calificativo para el texto y el trabajo de Elisa Mújica, si no es de recibo en el contexto de la crítica literaria, sí resulta el más ajustado al estilo y la personalidad literaria de la escritora santandereana. Elisa Mújica ha venido construyendo una obra singular desde 1949, cuando publicó su novela *Los dos tiempos* en Bogotá. Esa singularidad, prácticamente inapreciada en nuestro país, se corresponde con la dificultad de ubicarla o clasificarla en el contexto de la literatura colombiana, cuando no se trata de las marginales historias o historietas de literatura femenina. Pero Elisa Mújica es mucho más que una escritora destacada; su obra, dispersa en cuanto a género e ideología se refiere, pero de especial solidez literaria, hace tiempo que reclama un estudio serio. Volviendo de ese paréntesis obligatorio y de cortesía necesaria, hay que decir que este volumen debe leerse a la luz de la creada personalidad de la autora, desde donde se entiende que éste no sea un texto crítico ni de historia literaria —que cierto tipo de lector puede exigir— sino una

presentación personal (a la que se puede reconocer cierto valor didáctico, pero éste no define su carácter, que es más bien educativo, en el sentido pleno de la palabra) del "clásico" en cuestión. Un texto escrito con el gusto y el paladeo de quien no sólo conoce sino que comparte el mundo del escritor que comenta.

El epígrafe de Octavio Paz condensa el espíritu que atraviesa el libro: "El objeto de una biografía es convertir a un personaje lejano en un amigo más o menos íntimo". Elisa Mújica no escribe como un ensayista contemporáneo sino como un glosador de la colonia neogranadina. Y ello, fuera de implicar, para cierto limitado gusto, un juicio negativo de anacronismo, delata una compenetración inusual del autor con su "amigo íntimo", lo cual genera una eficaz imagen del mundo —vida y obra— de la madre Castillo, una imagen surgida desde dentro. Este tipo de textos, más que una interpretación o crítica del autor estudiado, presenta, representa, una lectura reveladora del mismo. Casi podemos decir que estamos leyendo a sor Francisca Josefa en sus fuentes; la imagen puede ser subjetiva pero no la sentimos así. Es decir que éste es un texto recomendado para estudiantes de literatura colombiana, básicamente como alternativa de lectura guiada de la aparentemente lejana obra de la madre Castillo, aunque no como texto crítico (suele suceder en el estudio universitario de la literatura que se entregue primero —o sólo— el instrumento crítico, el autor transformado en período, género, estilo, recurso tropológico, etc., antes que una lectura de su obra, una lectura atenta y desprejuiciada).

Por su capacidad de connaturalizarse con el autor estudiado, el texto de Elisa Mújica es un verdadero clásico (personalmente, incluiría el nombre de Elisa Mújica en una lista de clásicos colombianos). Ello explica y justifica que la noción de belleza sea fundamental para comentarlo, pues se trata, por parte de la autora, de expresar todo el disfrute, aun a pesar de las penurias relatadas por la madre Castillo, que una lectura de la monja tunjana puede proporcionar, mostrar el sentido de belleza y armonía que tiene la comunicación íntima con seres que

creemos afines. Esos valores —belleza y armonía—, que por lo injustamente considerados obsoletos podemos llamar clásicos, le dan el sabor a la obrija (así la llama la propia Elisa): sapiidez, ese vocablo perdido, es el que mejor define su carácter. Pero dado que manejamos un concepto de 'clásico' muy lejano del que vagamente autoriza esta colección, olvidemos la insistencia en este aspecto del volumen particular que tratamos.

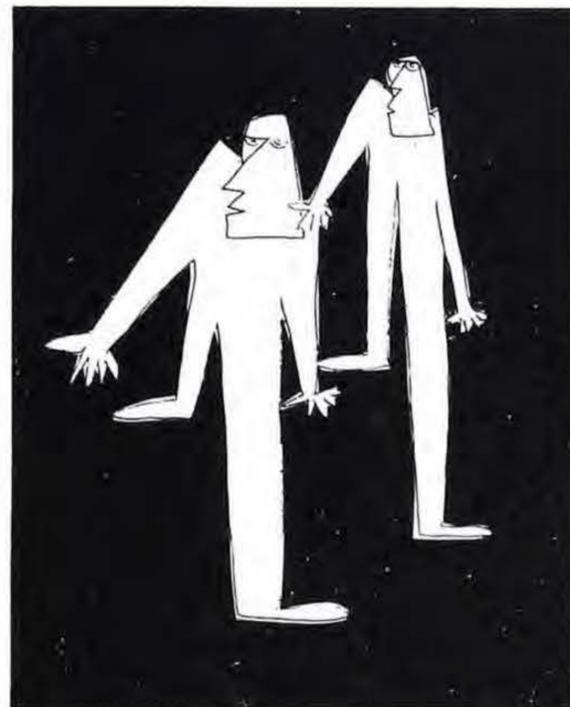
La escritora desconocida que es Elisa Mújica nos introduce en el mundo de esa otra gran desconocida —sólo su nombre posee una ignorada gravidez— que es sor Francisca Josefa del Castillo y Guevara. Nacida en Tunja en 1671 y muerta en la misma ciudad en 1742, esta monja clarisa dejó una obra un tanto enigmática y difícil para historiadores y críticos literarios (esa dificultad, es claro, ha quedado abolida en el texto de Elisa Mújica, por las razones arriba expuestas). La dificultad proviene en buena parte de que no permite un rastreo de antecedentes literarios y del hecho de que su obra carece de la mayoría de los lugares comunes de un escritor colonial, místico, o de los propios de una religiosa en sus ejercicios espirituales. Lo que en ella se impone es una personalidad y un estilo propios, como lo afirma Elisa Mújica. Los datos más recurridos en su ubicación histórico-literaria son dos referencias que la escritora santandereana se ha encargado de poner en su lugar: la Colonia hispanoamericana y la emulación de santa Teresa de Jesús o sor Juana Inés de la Cruz. En cuanto al primero, escribe doña Elisa: "Estaba sola con Dios, como lo recomendó santa Teresa para quienes comienzan el ascenso místico. Esos personajes, los muzos, los tunebos, los garagoas, los colimas, los guanes, no asoman ni siquiera como sombras en los escritos de nuestra autora. Si acaso, en referencias fugaces aparecen las mujeres que ejecutaban los servicios domésticos en el monasterio y que pertenecían a la raza nativa. Pocos años antes del nacimiento de Francisca había vivido en Tunja, en el convento de los jesuitas que se hallaba entonces en construcción, un humilde lego transido de compasión por los infelices. Era Pedro

Claver. En la madre Castillo, cualquiera que hubiera sido su piedad por los indígenas desposeídos, no se manifiesta concretamente. No hay huella de las consejas o leyendas tan abundantes en la Tunja colonial, sobre sucesos como el origen de la fuente de Aguayo, la emparedada y el espanto del farol, o el pozo de Donato. Todo sabor local, todo recuerdo de una planta nuestra, de una fruta, se descartan. No suben a su conciencia como elementos espontáneos para componer una comparación, una metáfora". Y en lo tocante a la relación de sor Francisca con santa Teresa o sor Juana, Elisa Mújica también ha mostrado la peculiaridad de la tunjana, quien carece del didactismo de la prosa mística de la santa de Avila y, por otra parte, no es decididamente poeta ni presenta una clara intención literaria como la religiosa mexicana.

El problema del género —no tanto como problema— le ocupa unas páginas a la bumanguesa: se trata de exégesis bíblica (se refiere a los *Afectos espirituales*, puesto que *Su vida*, cuenta la autora, la escribe a regañadientes, por indicación de su confesor), pero una exégesis que nada tiene que ver con la tendencia al dogmatismo propia de la teología; más bien una exégesis personal, casi podríamos decir protestante, mezclada con datos biográficos que muestran la intensa vivencia de realidad y fantasía que tuvo la monja. La Biblia y una vida totalmente interior, son su verdadera escuela literaria.

La naturalidad no excluye la conciencia de las caídas; la intimidad, la afinidad, no cohiben la sinceridad, antes bien la confirman, porque dentro de lo natural la defección no es un mal, sino una contingencia más, e igualmente digna de contarse, de la condición humana. Así, no es éste un texto de elogios y sosas declaraciones de admiración; no el elogio sino el respeto, no la admiración sino el conocimiento íntimo, lo conforman. No es extraño, entonces, que hallemos apreciaciones como ésta: "Caía a veces —y no pocas— en partes oscuras y áridas. Cuando atravesaba esos momentos, la hermana Francisca no podía volar. Interpolaba textos bíblicos que no venían al caso, traduciéndolos

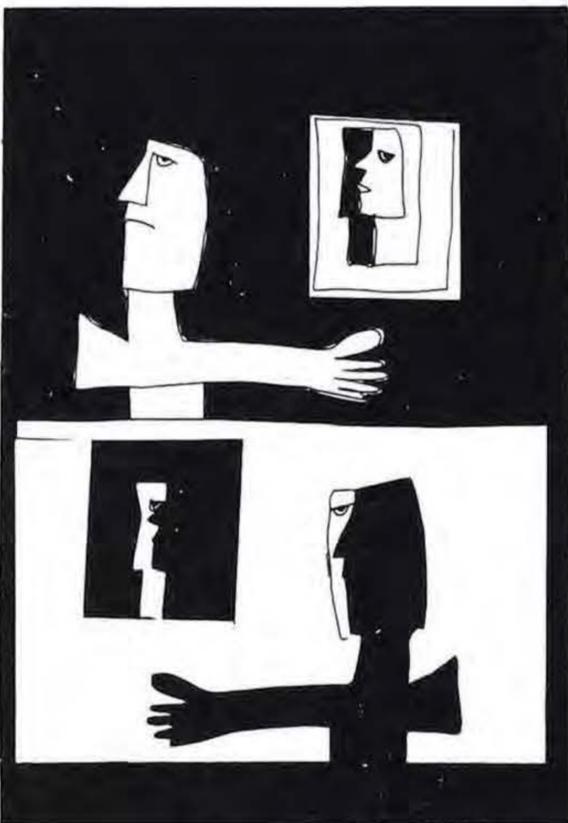
literalmente". Uno se pregunta, volviendo a nuestros cuestionamientos iniciales, si partir del supuesto de que el autor estudiado es un "clásico" no implica necesariamente hablar bien de él... Elisa Mújica responde que no se trata de hablar bien, necesariamente, sino de mostrar su importancia.



Acerca de la antología, que incluye fragmentos de los *Afectos espirituales* y de *Su vida*, además de cuatro poemas, ni qué decir que está respaldada por la autoridad de quien conoce la obra y la disfruta. Los comentarios que intercala entre fragmento y fragmento no interpretan ni hacen crítica: sólo invitan a la lectura.

Como sucede con otros "clásicos" de la colección, Tomás Rueda Vargas no cumple con el requisito de ser un escritor popular o medianamente conocido en Colombia. Sabemos que ello nada tiene que ver con que sea, o no, uno de "nuestros mejores escritores", pero se plantea, por tanto, la necesidad de la explicación del criterio que propone su relevancia en el panorama literario nacional, lo cual supone un minucioso trabajo de ubicación y caracterización. Tomás Rueda Vargas, lo mismo que Tomás Vargas Osorio, Carlos Arturo Torres o Eduardo Castillo, es un escritor para lectores selectos. El grado de selección no proviene del refinamiento del escritor tanto como de su coincidencia —o incoincidencia— con el gusto contemporáneo, coincidencia que tiene que ver, muy especialmente en el caso de Rueda Vargas, con el género de literatura que produjo.

Un "clásico" desconocido es un fenómeno que, aparte de cuestionar las políticas editoriales (para las cuales es obvio que Homero es un autor popular, es decir, un nombre archiconocido), impone el deber, por parte de quienes tienen el criterio de reconocerlo como "mejor escritor", de darlo a conocer, es decir, otra vez, de mostrar su importancia. Tratándose de Tomás Rueda Vargas, cuya obra ha cautivado ese reducido grupo que encuentra en ella unos valores muy específicos, el trabajo propuesto para el comentarista es el de la divulgación y la proyección crítica. No de otra manera ese desconocido bogotano que era José Asunción Silva a comienzos del siglo XX llegó a convertirse en un "clásico", en uno de "nuestros mejores escritores", en un hito de nuestra historia literaria. Alfonso López Michelsen, autor del volumen de la colección dedicado al cronista bogotano y por muchas razones cercano a él —también podríamos presumir la intimidad de que habla Octavio Paz en el epígrafe del libro de Elisa Mújica—, intelectual familiarizado con la historia de Colombia, nos ha quedado debiendo, y sobre todo al lector estudiante, ese trabajo que también merecía un autor como Rueda Vargas.



Otros trabajos ensayísticos de López Michelsen, en especial los recogidos en la obra *El quehacer literario*, que incluye dos ensayos de mayor alcance sobre el propio Rueda Vargas, nos han mostrado a un escritor ameno, de

cierto corte anecdótico pero lúcido, con un particular dominio del análisis de historia política. La sensación que deja la lectura de este opúsculo, incluyendo la antología de textos de Rueda, es la de unos comentarios deshilvanados, unas cuantas ideas no desarrolladas, unas citas textuales forzadas y una muestra pálida del arte grácil del mentor de la sabana de Bogotá. Tampoco es un texto con "vocación didáctica", sino más bien, y como el anterior, el estudio de un conocedor íntimo, de alguien cercano al escritor que se nos quiere presentar. Ese concepto de cercanía, en este caso ya muy distinto de la afinidad electiva que nos hace sentir Elisa Mújica, en general ha sido muy tenido en cuenta para la escogencia de los autores que escriben sobre los "clásicos" en esta colección. La cercanía no es garantía de objetividad, veracidad y didacticismo, pero en este caso se podía esperar, dado el interés de la colección, un texto que hiciera pública la estatura literaria de Rueda Vargas. La expectativa la creaba también la prestancia de López Michelsen y su manejo de los que él identifica como los tres temas centrales en la obra de este prosista: su ambiente familiar, que incluye el bogotano, los escenarios de la sabana y las visiones de historia de Colombia.

La circunstancia que define esta carencia de proyección en el texto que comentamos, es que el expresidente se ha dedicado a hacer una semblanza biográfica y no se ha preocupado por dilucidar las razones por las cuales Rueda Vargas, siendo para él uno de "los dos o tres primeros prosistas de nuestra literatura autóctona", ha sido generalmente omitido por la historia literaria colombiana. Comparto su reflexión, a la que reduce todo el desarrollo del problema, de que "Tomás Rueda Vargas, como es tradicional en nuestro medio, no dejó una obra literaria coherente y orgánica. Fue, por excelencia, un periodista cuya pluma se ocupaba por igual de temas serios y de cuestiones frívolas y eminentemente pasajeras como los artículos necrológicos consagrados a amigos suyos, o de su casa, de los cuales hoy nadie se acuerda. Recoger este inmenso caudal en el que las

notas de ocasión aparecen entremezcladas con investigaciones serias sobre nuestra historia, nuestro Ejército y nuestra educación, perjudica en gran manera el juicio global sobre la personalidad y la obra de don Tomás". Pero de lo que se trata, a partir de esa reflexión, es de determinar el género de literatura que Rueda Vargas escribía, porque ello hace asimilable un escritor para el estudiante y le da una posición en nuestra historia literaria. No es, por supuesto, un vano trabajo de clasificación, sino de reconocimiento del sentido de una "literatura informal" y del valor de una "historia informal" pero penetrante. En este sentido, la antología es también demasiado estrecha —aparte de no muy selectiva— para dar la imagen de una obra de cierta notabilidad, precisamente tratándose de un escritor que hizo del tema frívolo y cotidiano —tanto para su entorno como para la historia— su material literario básico.

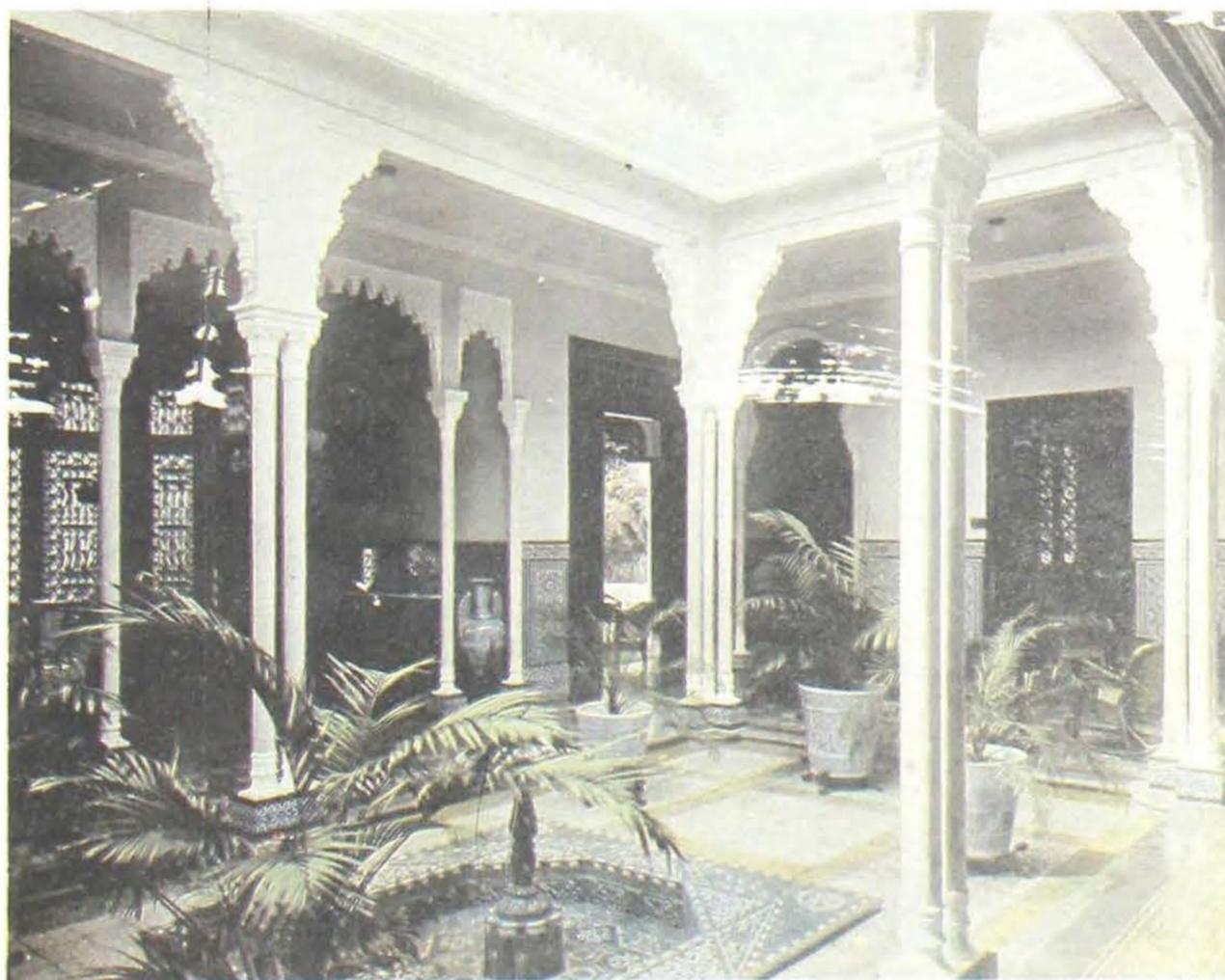
El texto de Consuelo Triviño Anzola sobre José María Vargas Vila cumple más cabalmente con los objetivos de la colección, en la medida en que ofrece una presentación resumida y ordenada de la vida del cada vez más olvidado Vargas Vila. En relación con su obra, tan vasta y difícil de apreciar como conjunto o como evolución, Triviño ha trabajado algunas claves que tienen que ver con el mito vargasvilescó, es decir, esas ocultas razones por las cuales fue el escritor colombiano más leído en el mundo a principios de siglo y que, sin duda, son las claves de una atmósfera social cargada con la fascinación del escándalo.

¿Vargas Vila un clásico? En el sentido de escándalo, de novelaría, seguramente sí. Pero hay que tener en cuenta que hace mucho tiempo que el autor de *Flor de fango* no escandaliza ni a las monjas. El estudio de las obras de Vargas Vila en la actualidad representa una curiosa obsesión, salvo que se enmarque en un minucioso trabajo histórico y de investigación de la época a la cual pertenece. Consuelo Triviño, sin embargo, ha basado su especialización en Vargas Vila en la certeza de que su obra "resulta significativa en el ámbito de las letras latinoamericanas, por la singularidad de su estilo y por la audacia con que

# EN LA TIERRA DE LAS OPORTUNIDADES

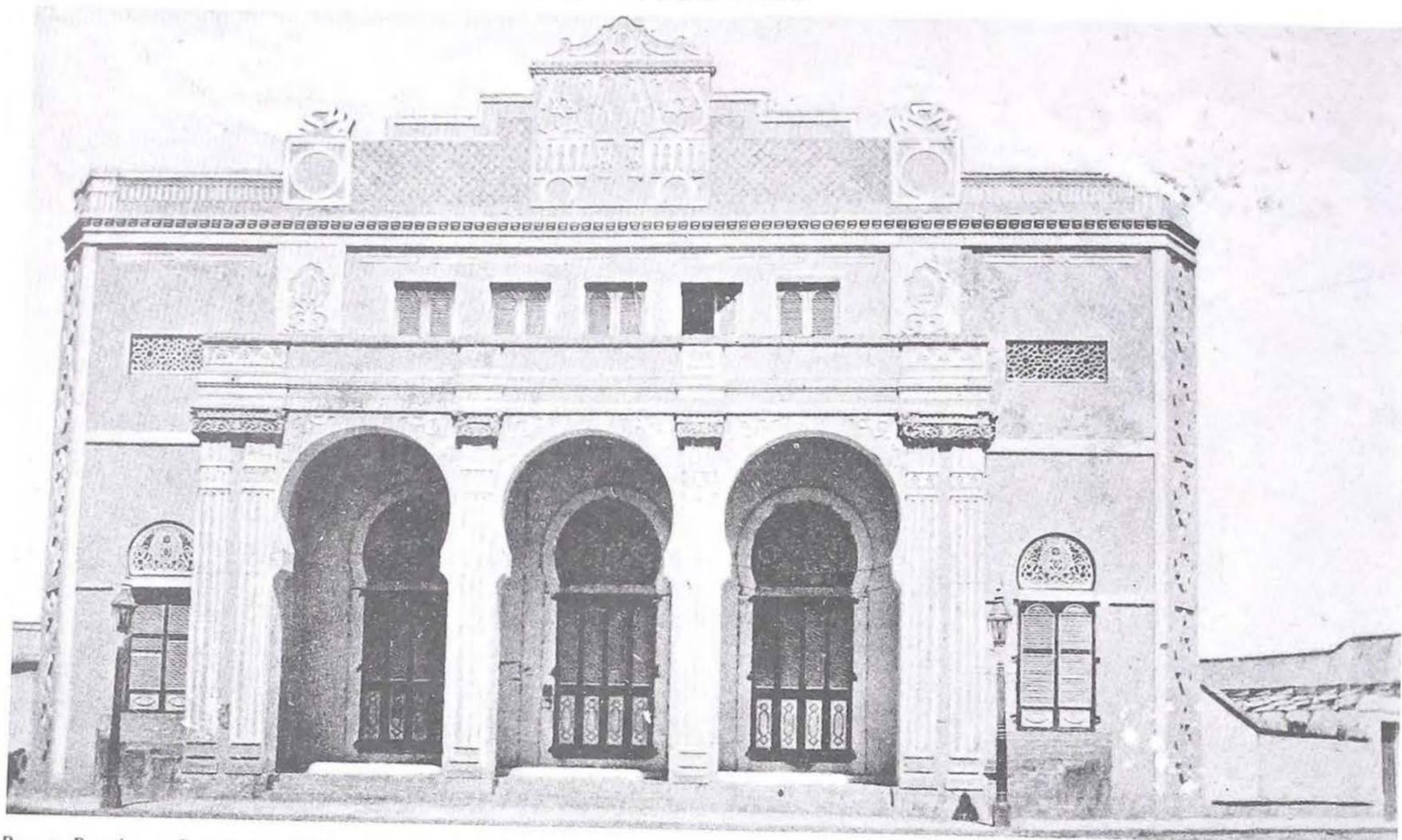


*Patio interior de una casa en Manga, Cartagena, motivo español árabe, 1915 ca (Colección Fototeca de Cartagena).*



*Patio interior de una casa en Manga, Cartagena, motivo árabe, 1915 ca (Colección Fototeca de Cartagena).*

EN LA TIERRA DE LAS OPORTUNIDADES



*Puente Román en Cartagena, 1915 ca (Colección Fototeca de Cartagena).*



*Teatro Municipal de Barranquilla, arquitectura estilo árabe (Colección Librería Díez, Barranquilla).*

# PRESENCIA ALEMANA EN SANTANDER EN EL SIGLO XIX

*Geo von Lengerke de 14 años (Oleo sobre lienzo, 1842. Bremmen, Alemania).*



*Casa de la familia Lengerke en Dohnsen, Alemania, s.f.*



PRESENCIA ALEMANA EN SANTANDER EN EL SIGLO XIX



*Calle 4a. al oeste de Bucaramanga  
(Colección de fotografía artística  
Chambón e Hijos, s.f.).*

utiliza los recursos propios de la estética modernista. Además, hay que tener en cuenta la enorme aceptación que tuvo entre vastos sectores del público de finales del siglo XIX y principios del XX. Por esta razón, es preciso acercarse a su obra, sin prejuicios estéticos, y sobre todo, ubicándolo en el contexto histórico que le correspondió vivir". Aunque reconoce la necesidad de una contextualización histórico-literaria, parece subyugarle ante todo la figura del siniestro bogotano muerto en Barcelona. Pero lo "significativa" que resulta su obra en el ámbito latinoamericano es algo que no podemos mensurar en el texto que comentamos y que los fragmentos seleccionados como muestra se encargan de hacernos misterioso.

La singularidad de Vargas Vila es innegable. También Eróstrato se hizo singular con el incendio del templo de Efeso. Ahora bien: de lo que se trata, y más en una colección de "Clásicos Colombianos", es de mostrar el valor de esa singularidad literaria, su peso específico o, como hemos dicho, su importancia. Ello se saldría del propósito didáctico de la colección —que, está visto, bien puede y acaso debe pasarse por alto— y no está, en todo caso, en los intereses del breve texto de Consuelo Triviño. La importancia del libelista es un dato prefijado y no discutido allí: la estética modernista aparece frecuentemente como telón de fondo, pero ya se ha dicho que Vargas Vila hace un uso peculiar de ella. Así, respecto del modernismo, Vargas Vila ofrece ciertos logros: "La copiosa adjetivación, propia de los modernistas, en su caso no siempre va en detrimento del sentido y los galicismos y neologismos le dan cierta flexibilidad a su prosa. Novelas como *Las rosas de la tarde* derraman una delicada sensibilidad en excepcionales fragmentos y en algunas descripciones de los paisajes"; también: "Las mujeres no salen de la vida real sino de una tela de Carpaccio o de Watteau. Son seres sin vida y cuyas expresiones nos resultan teatrales. Los hombres, casi siempre de belleza andrógina, irradian fuerza pero están lejos de nosotros. Todas esas sombras de creaciones artísticas danzan al compás de la música de Wagner. Con estos acto-

res el autor monta un escenario de corte decadentista"; o: "Siguiendo el modelo de los héroes del romanticismo decadente, Vargas Vila muestra tipos humanos que se regodean con el sufrimiento y con ello justifican el ejercicio del mal"; a veces alguna coincidencia: "La literatura modernista describe todos los vicios del ser humano: necrofilia, incesto, fetichismo, sadismo, onanismo, etc.". Es decir, que el bogotano, a pesar de su singularidad y su patetismo literario, que merecen un juicio más descarnado y más ceñido al análisis intrínseco de los textos, parece estar respaldado por una tendencia universal en su tiempo —aunque su tiempo también lo dejó atrás—, básicamente el modernismo latinoamericano y el decadentismo europeo.

De cualquier manera, no deja de sorprender el nombre de Vargas Vila en una colección de "Clásicos Colombianos". La autora, más que tratar de demostrarlo, ha partido del supuesto de que es uno de ellos, esto es, de que merece seguir siendo leído por las nuevas generaciones, de que es importante, de que tiene una gravitación especial en el ámbito de la literatura colombiana. El problema está en que no guía a esas nuevas generaciones en la lectura de los textos escogidos, no las conduce por el camino de comprensión o justificación de esas líneas hoy tan envejecidas. Todo lo clásico posee una tradición o un pasado, pero su secreto o su etiología es el renovado interés con que se lee en todo presente.



El volumen dedicado a Gabriel García Márquez ha sido escrito y antologado por Martha Canfield, profesora de literatura hispanoamericana en la Universidad de Florencia (Italia), a quien recordamos por su paso de estudiante y profesora en la Universidad Javeriana de Bogotá.

*Gabriel García Márquez* es el volumen más didáctico de los cuatro que reseñamos, y seguramente uno de los más didácticos de toda la colección. He aquí un paradigma de lo que se ajustaría a la idea popular de los "clásicos". Un escritor consagrado, de renombre y valores indudables, tratado sin pretensiones ensayísticas, con un máximo de información y una selección de textos que abarca casi toda su trayectoria literaria. No importa qué tan superficial —que no equivale a errado— resulte el texto de presentación: lo importante es que este tipo de trabajos supone una investigación y el manejo de un "aparato crítico" para cumplir sus objetivos de divulgación: una biografía resumida con criterio, una caracterización general de la obra y el estilo del escritor y un panorama igualmente sintético de cada una de sus obras.

García Márquez lo permite. Vargas Vila no lo permite sin un trabajo minucioso de crítica e historia literarias. La diferencia puede acaso darnos algunas luces sobre el enigma de los clásicos. A García Márquez no hay que explicarlo: hay que leerlo. El caso de Vargas Vila supone lo contrario. La naturalidad con que se lee a un autor —que sin duda se corresponde con la naturalidad con que éste escribe— está relacionada con su pervivencia en la memoria de los pueblos. Los clásicos no son escritores conflictivos. Y García Márquez no lo es. Su estudio puede limitarse, para efectos didácticos, a "un estilo inconfundible", porque todo lo natural es inconfundible. Una intuición de ese equilibrio, de esa carencia de problemas, es este comentario sobre *El coronel no tiene quién le escriba*: "En cierto sentido se presenta como una novela 'clásica': en ella lo armónico prima sobre lo transgresivo, el narrador es omnisciente, el punto de vista es externo, el tiempo es lineal y —como en las dos novelas precedentes— parece fijado en el pre-

sente". Sabemos que esa armonía, confirmada en *Cien años de soledad*, se vuelve escabrosa cuando llegamos a *El otoño del patriarca*. La novela del dictador tropical es presentada como compleja, pero de manera igualmente esquemática, es decir, desglosada en características no problemáticas (características incuestionables: tiempo circular capitular, cruce de códigos lingüísticos, la referencia a mitos, lo carnavalesco); la lectura de la novela es más difícil que la comprensión —digamos, aprehensión didáctica— de esos casi clichés de crítica, pero de alguna manera se "facilita" por ellos.

Por otra parte, el destinatario "estudioso", reniegue o no reniegue del didactismo, encuentra en este texto de Martha Canfield, tanto en la presentación como en las "Notas críticas" y la "Bibliografía selecta", un "aparato crítico" manejado con criterio y debidamente recomendado.

OSCAR TORRES DUQUE



## Carrasquilla a prueba de malos editores: frutos de mi tierra

Acuarelas y discos cortos

Tomás Carrasquilla

Colección Autores Antioqueños, vol. 60, Medellín, 1991, ilustrado

Ingrata tarea la de leer y reseñar libros mal producidos. Urdir ese discurso sobre lo que se debió hacer y ahora es imposible corregir, no sólo es un desgaste individual, sino que al lector de comentarios bibliográficos sin duda le

resultará aburrido. La única justificación para emprender de nuevo el inventario de calamidades es la esperanza de que algún día, en este país donde la industria editorial es significativa en términos económicos, la producción se haga, simplemente, de manera profesional. Tanta tecnología que ha revolucionado en pocos años el oficio de impresor no parece haber servido de mucho a ciertos parroquianos. El procesador de palabras tiene opciones de corrección y de diccionario ortográfico que facilitan la labor del corrector. Pero ni así somos todavía capaces de ofrecer libros bien hechos. Sí, señor: hay excepciones.

La Colección de Autores Antioqueños fue creada por la Asamblea Departamental en 1979. Trece años después cuenta con un fondo que se acerca a los 70 volúmenes, magnitud que pocos intentos editoriales han alcanzado en Colombia. El aporte financiero proviene de cuatro entidades descentralizadas: la Fábrica de Licores, la Beneficencia de Antioquia, las Empresas Departamentales y el Instituto para el Desarrollo de Antioquia. Es decir, se trata de una biblioteca financiada con el aguardiente, el chance, los intereses que pagan los municipios antioqueños por los préstamos y las cuentas de teléfonos y electricidad que cancelan los habitantes de los pueblos distintos de Medellín.

Posiblemente no ha existido en el país un proyecto bibliográfico más democráticamente financiado. Ni, al mismo tiempo, uno de tan pésima circulación entre sus verdaderos propietarios. Las trabas burocráticas impiden que cualquiera que compre, como es normal, los libros en una librería. Debe, si logra encontrar a alguien que se lo diga, dirigirse a un oscuro sótano del antiguo edificio de la gobernación de Antioquia, donde, si es viernes o ayer jugó el Nacional o el Medellín, lo recibirán los vapores etílicos de grises dependientes en grises oficinas. Gracias a algún artilugio, entiendo que se ha logrado que lleguen ejemplares a las bibliotecas públicas, las Casas de la Cultura y a alguno que otro librero.

Pero no es menos cierto que la inveterada incuria con que se hacen la mayoría de los volúmenes logra espantar hasta al más persistente. Se

sabe de libros a cuyas páginas apenas sí se les concedió el lujo de un margen tolerable, y hay noticias de otro que prácticamente pereció devorado por la encuadernación que mordió sin compasión los textos. Casos como el del número 21, un incongruente *Diccionario de autores antioqueños*, son ejemplo de malformación genética en materia grave, pues no es más que un incompleto borrador apresuradamente lanzado a las prensas sin el menor pudor y sin el mínimo juicio de responsabilidades. ¿O es que no se trata de desperdicio de fondos públicos editar con plata de la comunidad un libro inservible?

Ignoro el balance económico de este programa editorial. Como es "dinero de nadie", no sería raro que no se haya hecho. El balance cultural no carece de saldos rojos como los que hemos visto. La colección no ha permanecido impermeable a los malos textos, ni al cáncer de los tomos que apresuradamente recopilan artículos disparejos. El criterio de rescatar el patrimonio cultural no ha sido siempre el dominante. Pero justo es decir que libros como el de Jaime Jaramillo Escobar (*Sombrero de ahogado*), las reediciones de la geografía de Manuel Uribe Angel y los *Cuadros de la naturaleza* de Joaquín Antonio Uribe, el *Carnero de Medellín* del Cojo Benítez y algunos otros, han sido aportes apreciables y comprobaciones de la importancia que significa mantener viva la colección. Los criterios de selección de obras nunca han sido claros ni explícitos ni nadie parece interesarse en que lo sean, lo cual constituye una gran ventaja para el comité y para los autores que le son afines.

El tomo 60 presenta una recopilación de textos cortos del escritor Tomás Carrasquilla, escritos entre 1919 y 1935 y publicados en diversos periódicos. El prólogo, de Darío Ruiz Gómez —en su habitual estilo—, es calificado, con antioqueña exageración, en la solapa, como "sesudo". Completan el libro tres cartas, una entrevista y unos artículos periodísticos de Eduardo Zalamea Borda divulgados en 1952, que, me apena decirlo, no sirven ni siquiera como material investigativo para una tarea escolar.